4 MEDITACIONES PARA EL MES MISIONERO DE LA IGLESIA
OCTUBRE

"HEME AQUÍ, ENVIAME"

(1)

27º Domingo del Tiempo Ordinario (4 de octubre 2020)

Vayan y den fruto…

Vivimos en un país que tiene una gran tradición en viñas y en vinos y esto nos ayuda a comprender de mejor modo las lecturas de este domingo. El profeta Isaías nos narra la canción del amor de un hombre por su viña, plantada en una colina fértil, pero que lamentablemente no dio buenos frutos y por ello, será abandonada. Es signo del amor de Dios por su pueblo Israel, su predilecto, pero que sólo ha dado frutos de injusticia. Mateo, nos presenta una viña, que, si bien da frutos, los viñadores no se los entregan al dueño de la viña, matando incluso a su propio hijo, y por ese actuar, también serán castigados y la viña traspasada a otros que entreguen a su tiempo el fruto que corresponda. Es la crítica de Jesús a los sacerdotes y ancianos del pueblo. Quien tiene una viña, la cuida y la trabaja para que ella dé frutos y esos frutos sean bien aprovechados.

Como cristianos, hemos sido elegidos y destinados para ir y dar frutos duraderos. Sabemos que el amor de Dios por cada uno de nosotros está siempre presente. Somos la viña amada por el Señor, pero sabemos que para que una viña produzca buenos frutos, no sólo se necesita tierra fértil y buenas cepas, sino que además exige mucho trabajo: abonar, desmalezar y podar adecuadamente. Nosotros, que formamos la viña del Señor, necesitamos podar actitudes que, aunque estén muy arraigadas en nosotros, no dan buenos frutos; abonar nuestra vida con la oración y la celebración de los sacramentos, desmalezar los comportamientos que nos alejan de Dios, de los hermanos y del compromiso transformador de la sociedad y finalmente, se requiere que los frutos no queden para nosotros mismos, sino que sean entregados para la construcción de un mundo mejor.

La vida de cada cristiano está siempre llamada a ser fecunda y fructífera. El Señor nos invita a que, en medio de nuestra sociedad, los cristianos asumamos con valentía y compromiso esta hermosa vocación misionera de aportar la novedad del Evangelio y con ella, renovar permanente la vida de las personas y de la sociedad. La misión es la invitación del Señor a trabajar en su viña, dedicando lo que somos y tenemos, buscando permanentemente nuevos caminos para responder a los nuevos desafíos y así hagamos de nuestra vida personal, comunitaria y eclesial, una vida fecunda y fructífera.

4 MEDITACIONES PARA EL MES MISIONERO DE LA IGLESIA
OCTUBRE

"HEME AQUÍ, ENVIAME"

(2)

28º Domingo del Tiempo Ordinario (11 de octubre 2020)

Vengan a mi fiesta…

Al igual que el domingo pasado, en el Evangelio de hoy, Jesús le habla a los sumos sacerdotes y ancianos con una parábola, esta vez la de un banquete de boda. Esta tiene en primer lugar unos invitados específicos, los cuales, dando diversas excusas, rechazan la invitación. Ante esta negativa, el rey abre la invitación a todos los del camino, sean buenos o malos. Los que antes habían sido excluidos, ahora se pueden alegrar, porque les ha llegado su invitación. Es el banquete preparado para todos los pueblos, que mencionaba Isaías, banquete que cambiará la tristeza en alegría de aquellos que, por diversas circunstancias, eran marginados de él. La única exigencia es portar el traje apropiado para esa alegre celebración, traje que simboliza la actitud de acogida del mensaje del Señor.

En este mes misionero, esta parábola nos recuerda la universalidad de la salvación, por ende, de la misión de la Iglesia. El mensaje de amor predicado por el Señor no hace distinción de invitados, sólo pide la disposición para entrar a la fiesta, con el corazón dispuesto a celebrar la vida y el amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo. Al igual que los primeros invitados, hoy muchas distracciones nos pueden llevar a rechazar la invitación a la fiesta del Señor: las preocupaciones, las desesperanzas, las riquezas o pobrezas, la comodidad, etc. Como cristianos, somos llamados y escogidos para hacer de nuestras vidas una fiesta del encuentro con Cristo. En cuanto a las preocupaciones y dificultades, San Pablo nos recuerda que podemos salir airosos confiando en Cristo, pues es quien nos da la fuerza. No rechacemos esta hermosa invitación a hacer fiesta con el Señor.

Pero también nosotros somos los «sirvientes» enviados a buscar a otros a participar a la fiesta del Señor. La misión de cada cristiano es sentirse enviado a buscar para que otros también puedan encontrarse con el Señor y hacer de sus vidas una fiesta alegre de ese encuentro. Somos enviados a invitar a unos y otros al gran banquete del encuentro con el Señor. No somos nosotros quienes decidimos a quien invitar, sino solo mensajeros enviados a todos, pues Jesús quiere ser en sacramento del encuentro entre Dios y los hombres y mujeres de todos los tiempos y cultura.

4 MEDITACIONES PARA EL MES MISIONERO DE LA IGLESIA
OCTUBRE

"HEME AQUÍ, ENVIAME"

(3)

29º Domingo Ordinario (18 de octubre de 2020)

Domingo Universal de las Misiones

Den a Dios lo que es de Dios…

El Evangelio de hoy culmina con una frase que es muy conocida: «den al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios». En esta sentencia, Jesús no pretende hacer una división entre dos ámbitos de la vida y de la historia: el sociopolítico y el religioso, lo profano y lo sagrado, pues existe una sola historia con ambas dimensiones. Lo que Jesús quiere resaltar, comprendiendo la trampa que le han tendido, es que el reconocimiento de Dios está por sobre cualquier otro tipo de autoridad o poder humano. La relación con Dios es mucho más profunda, es una relación de Padre - hijo o hija, y no una relación de dominador y dominado, como lo era el césar con respecto a los tributos impuestos a los territorios dominados por el imperio. La profecía de Isaías lo recuerda lo recuerda dos veces afirmando que no hay otro Dios fuera del Dios de Israel y que Él actúa en favor de su pueblo.

Hoy, como Iglesia, celebramos el Domingo Universal de las Misiones (DUM), y estas palabras del Evangelio nos animan a mirar siempre la vida desde el querer de Dios, mirada que debe estar por sobre cualquier otra visión. Dios quiere que todos los hombres se salven y esa voluntad divina debe ser siempre la voluntad de cada uno de nosotros a nivel personal y comunitario. A Dios debemos dar nuestra vida, para que su voluntad pueda hacerse en la tierra como en el cielo, como rezamos en el Padre Nuestro. La vida de cada cristiano es una misión, es participar en la misión del Redentor, que nos ha enviado para hacer sus discípulos a todos los pueblos.

El Papa Francisco, en el Mensaje que dirige cada año con esta ocasión de esta celebración, nos ha recordado aquella pregunta de Dios ¿A quien enviaré? y la respuesta del profeta: aquí estoy Señor, envíame (Is. 6, 8). Isaías se conoce y sabe cuales son sus fortalezas y sus debilidades, pero, sobre todo, es consciente que si Dios le pide algo, él será solo un enviado y contará con la presencia y asistencia de Dios. En este año tan especial, marcado por esta pandemia, han sido mucho los que han dicho: «aquí estoy, envíame», para ir a anunciar una Buena Noticia a un mundo herido por el COVID 19, y este anuncio se ha transformado en servicio a los enfermos, a los moribundos, a los más necesitados. En medio de tanto dolor, hemos visto como una multitud de personas, han dado su vida a Dios a sus hermanos, sintiéndose llamados y enviados por Dios a socorrer a este mundo que tanto ha sufrido. A nosotros nos sigue preguntando y oremos para que también nosotros mostremos la disponibilidad misionera para responder: Aquí estoy Señor, envíame.

4 MEDITACIONES PARA EL MES MISIONERO DE LA IGLESIA
OCTUBRE

"HEME AQUÍ, ENVIAME"

(4)

30º Domingo Ordinario (25 de octubre de 2020)

Amar a Dios y al prójimo como a sí mismo... el mandamiento más importante

Jesús responde hábilmente al doctor de la ley que ha querido sondear la formación religiosa de Jesús, después que había hecho callar a los mismos saduceos. La pregunta gira en torno a algo tan importante para el mundo judío, como son los mandamientos. Ellos en efecto, además de los 10 mandamiento de la ley de Moisés, habían generado otro cuerpo de normas que un judío debía cumplir. A Jesús le preguntan cuál de todos los mandamientos es el más importante. Jesús, entroncándose con la más profunda tradición recuerda que el primero y más grande de los mandamientos es «amar a Dios, con el corazón, con toda el alma y todas las fuerzas». Esto para todo judío era una norma que escuchaba desde pequeño, norma que Jesús vuelve a validar. El mandamiento nos recuerda también a nosotros que el amor dado a Dios debe ser con todo nuestro ser. No es sólo una cuestión del intelecto, o sólo del afecto, o sólo de lo espiritual: es un amor integral que engloba la vida de toda la persona.

A este primer mandamiento, Jesús agrega otro: «amarás a tu prójimo como a ti mismo». En esta segunda parte, Jesús colocará el distintivo de sus seguidores: «en esto los reconocerán que son mis discípulos, en el modo como se amen» (Jn 13,35). Para un seguidor de Cristo, no se trata pues sólo de amar integralmente a Dios, sino también de amar a sus hermanos, pues, quien dice que ama a Dios a quien no ve, y no ama a su hermano a quien sí ve, es un mentiroso (Cfr. 1 Jn 4,20). El amor a Dios y el amor a los hermanos, son como dos caras de la misma medalla, la medalla del amor.

El amor al prójimo tiene como medida el amor a sí mismo. Muchas veces en la tradición cristiana, este amor a sí mismo, se ha visto como algo negativo, como algo que hay que mortificar, como algo que nos aleja de Dios, puesto que está marcado por el egoísmo. Por supuesto, cuando Jesús hablaba de ese amor a sí mismo, no es el egoísmo, pues eso ha dejado de ser amor y se ha transformado en algo enfermizo. El amor a sí mismo que habla Jesús, es una amor sano y maduro, que es capaz de liberar a la persona para amar también a los demás. No sé puede amar a los demás, si antes no se ha aprendido a amar a sí mismo. Quien no se ama, difícilmente logra amar a los otros, en cambio quien mucho se ama, eso lo impulsa en la libertad propia del amor, a amar a los demás.

Estamos terminando el mes misionero, y que hermoso es terminarlo con este mandamiento del amor, vivido en esta triple dimensión: amor a sí mismo, al prójimo y a Dios, pues esto nos ayuda a recordar que la misión brota del amor de Dios Padre por toda la humanidad. Dios en su amor infinito por la humanidad, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la

Verdad (1 Tim 2,4), por ese amor envió a su Hijo para redimir a toda la creación y por ese mismo amor, nos ha enviado al Vínculo del amor: el Espíritu Santo, protagonista de la misión. Cuando vivimos el mandamiento, estamos viviendo en la profundidad de toda la vocación cristiana. Envíanos Señor para amar a este mundo herido.